

A PIE
DE CALLECATALINA
Gayà

JOAN PUIG



►► Cruceristas recién apeados de los barcos, dispuestos a recorrer la Rambla, ayer.

La pasarela de los cruceristas

Era un grupo de hombres y caminaban compactos, como equipo de rugby. Avanzaban Rambla arriba, sabedores de que en unas 10 horas estarían en otro litoral. Era difícil ayer hablar con los turistas que paseaban por la Rambla, y lo era por dos razones: primero, porque la advertencia de que en Barcelona los ladrones están especializados en el turismo es global. Así me lo decían británicos, argentinos y franceses. Segundo, porque el crucerista camina con prisas: en 10 horas tiene que verlo (y fotografiarlo y subirlo) todo.

El hombre que caminaba junto a sus colegas –luego me diría que eran hombres de leyes, que su empresa «global y muy importante» había embarcado a 2.000 empleados y que él provenía de Sudáfrica– decía, a las 11.15 horas, que ya había visto Barcelona. Había atracado de madrugada, ya se había subido a un bus, había visto Montjuïc, paseo de Gràcia, Sagrada Família y, tres horas más tarde, ya estaba en la Rambla, haciendo *team building*, que es como las multinacionales llaman al compañerismo.

Viéndolo avanzar con sus colegas por esa Rambla que ayer era de un azul espectacular, me recordaba a

los andares de esas mujeres que venden cosméticos en Latinoamérica, y que se sienten parte de una gran familia. En México, donde las he entrevistado, pasan de ir vestidas de negro a ir de rosa, pasan de ir en metro a tener un coche, también rosa.

El grupo de hombres se difuminaba. Venían dos despedidas de solteros. A estos, los evitaba yo. Olían a cerveza. No era fácil identificar a los cruceristas. Pese a que en estos tres últimos días han desembarcado

Ayer llegaron seis cruceros a la ciudad. En tres días ha habido 64.000 pasajeros

más de 64.000 cruceristas, me equivocaba hasta dos veces. Una pareja de italianos que oteaban el mar junto a la dársena de San Beltrán me decían que habían llegado volando. Lo mismo, unos británicos que discutían dónde tomarse un desayuno fuera de los precios de la Rambla.

Greta y Marc, alemanes, muy jóvenes y muy recién casados, llegaron ayer en un crucero. Esperaban a unos amigos delante de la capita-

nía del puerto. Me señalaban el barco orgullosos. «Nos gusta conocer un poco de cada lugar», decía **Greta**. Habían estado 10 horas en Cerdeña, 10 en Roma, 10 en Palma, 10 en Sicilia y llevaban dos, en Barcelona. Un grupo de jubilados británicos me decía que se habían embarcado por el placer de jugar al *bridge*. Explicaban que estaban al tanto de los robos, por eso las bermudas como uniforme oficial, las mochilas al frente, los mapas minúsculos y siempre marchando en grupo. Se dirigían al Bus Turístico.

Hablaban con **Juan**, artesano y grabador que tiene parada en la Fira Nova, y él hacía un balance del fin de semana: mucha gente, mucho turista, mucha oferta. «¿Qué quiere? Es la Rambla; **Serrat** cantó a la Rambla». Al mediodía ya empezaban a llegar los barceloneses. Esta ciudad se levanta tarde; también los domingos. Unos deportistas urbanos se enfrentaban a la marea poliglota. Hartos se metían en las calles del barrio Gòtic. Ahí, el vacío, el silencio.

Las ciudades que son pasarelas a los cruceros son de muy lleno o de vacío total. En Marsella, han construido un centro comercial y esperan la llegada de los cruceristas como agua de mayo. Hay quien duda de que sean salvadores de nada. Civitavecchia es una pasarela a Roma. Venecia muere por el impacto de los cruceros, que se meten hasta en la sala de los vecinos. Ayer era el último día fuerte del paso de cruceristas. Barcelona aguantaba. =



cgaya@elperiodico.com